

J.J. ARMAS MARCELO

LAS NAVES QUEMADAS

EDITORIAL ARGOS VERGARA, S. A.

“LAS NAVES QUEMADAS” de J.J. Armas Marcelo

Una aproximación singular al tema del Descubrimiento

EL HADJI AMADOU NDOYE

Facultad de Letras - Universidad de Dakar
Senegal

Acaso no sea ningún abuso pedirle prestado al mismo Juan Jesús Armas Marcelo ⁽¹⁾ un pasaje que ofrezca una idea aproximadamente fiel del contenido de su novela, *Las naves quemadas* ⁽²⁾, pasaje que entronca con el tema del descubrimiento. Citemos: “Murmuraba solo, mezclando los nombres de Cienfuegos, Mademoiselle Pernod, Pedro Resaca, Santo Domingo, México, Eldorado, Cuba, Puerto Vigía, Salbago, en un enloquecido caleidoscopio que por momentos aterrizaba al médico. Don Alvaro rezongaba ininterrumpidamente, la barba rubia hundida sobre el pecho, las manos unidas a la espalda, los ojos turbios y turbulentos, perdidos entre el pasado, el presente y el futuro” ⁽³⁾. En efecto, *Las naves quemadas* constituyen un “kaleidoscopio”, una encrucijada de lugares disímiles, de tiempos históricos voluntariamente inconexos, de personajes reales y ficticios, de perspectivas temporales contrastadas y de recursos literarios a menudo ambiguos.

El libro cuenta la saga de los Rejón. La primera parte “Ab urbe condita” tiene como protagonista principal el conquistador Juan Rejón ⁽⁴⁾; la segunda, “Los reinos prometidos”, su hijo Alvaro. El marco de la primera parte es sobre todo Gran Canaria y el escenario de la segunda es principalmente América.

Quisiéramos examinar en nuestro estudio unas preocupaciones de J.J. Armas Marcelo: la imagen que nos brinda de como los españoles se representaban a América, la visión que propone de la grandeza de la conquista y de los con-

quistadores, las consecuencias de la aventura en los protagonistas, el juicio sobre la misma y la lectura que creemos que ha hecho el autor de la historia del Descubrimiento.

¿Qué fue América para los españoles? En la mayoría de los casos “un sueño, una ilusión” como diría Calderón. Cuando se vive en la penuria, la tierra por descubrir ¿no es siempre la más bella, la más rica y la más atractiva?

América como ilusión

Antes que todo, América fue una abstracción, una idea acuciante que no dejaba a los españoles con reposo. Armas Marcelo pone de realce el cariz idealizado a lo sumo del continente lejano:

... Como si los años no hubieran pasado y la clepsidra hubiera detenido su lento pero incierto camino, la leyenda del Nuevo Mundo seguía en pie, más alta que nunca, más religión hoy que ayer” (p. 168).

Crisol de los sueños más estafalarios y de los deseos frustrados de alcanzar metas largamente anheladas, no es extraño que se haya invertido a América de todas las posibilidades:

En esta tierra, la realidad supera la ficción. Todo lo que las gentes dicen más o menos es verdad. Todo lo que dicen que existe, existe. Más allá o más acá de la fábula. Da igual. Existe. En alguna parte había que encontrarlo (p. 298).

Para Armas Marcelo que parece sentirlo, el ideal perseguido por los español-

les cuando decidieron ir a América ni era intelectual, ni humano. Les movía la codicia, materializada por los destellos que su imaginación había concedido al oro. Sobre ese punto, el monarca de todas las Españas lo mismo que el súbdito más humilde tienen el mismo parecido. A Armas Marcelo le gusta poner de relieve el aspecto fantástico de las motivaciones de quienes se interesaban por América. Se sabe que la ambición de los que iban a América era “ir a valer más”. Se soporta cualquier molestia si al final de la ruta está la riqueza:

... continuaban viaje hacia una tierra perennemente sin descubrir, ausente aun de las rutas prefigurada sólo como ilusión en las obsesionantes mentes de quienes perseveraban en el aventurero convencimiento de que, tras la inmensa barrera del mar, más allá de la inamovible línea del horizonte, existían otras tierras incógnitas, monstruosos continentes cuyas ubres aún vírgenes y cargadas de frutos preciosos y desconocidos esperaban la mano lujuriosa de los recién llegados (p. 14).

Sólo el oro denunciaba su (el de Carlos V) interés por el Nuevo Mundo. El oro y la indiscriminada expansión de una religión que traumatizaba las mentes y las seculares tradiciones de los aborígenes del nuevo Continente (p. 145).

La ilusión acabó por hacerse realidad y los españoles llegaron a Canarias, antes de zarpar para América. La etapa canaria de la conquista, que está al ori-

gen del primer capítulo de *Las naves quemadas* es una ocasión para que Armas Marcelo revele un punto de vista sobre la conquista y los conquistadores. El simple hecho de denominar esta parte “Ab urbe condita” le confiere al fundador Juan Rejón una dimensión heroica. Pero sobre la conquista y los conquistadores, la opinión del novelista se va a matizar pronto. ¿Por qué? Porque el novelista se apoya sobre los acontecimientos históricos averiguables al mismo tiempo que los niega.

Visión maniquea de la grandeza de la conquista y de los conquistadores

Al igual que Rómulo, Remo y todos los héroes míticos, Juan Rejón funda solemnemente el Real de Las Palmas⁽⁵⁾ (Salbago en la novela) y su además le hace entrar en las corrientes de la historia:

—Yo asumo este descubrimiento, Pálido —se ufana Rejón— en nombre de la Corona. Larios, que manden parar la nave. Ordena la maniobra y echa el ancla (p. 42).

El fundador tiene prestigio porque su actuación se confunde con lo que hubo en los orígenes. Las palabras pronunciadas por Rejón le designan como héroe fundador. Del mismo modo, Armas Marcelo va a hablar en términos halagüeños de Hernán Cortés cuando éste toma una decisión que demuestra valor y arrojo. Para que no retrocedan sus tropas, Cortés incendia las naves que les habían permitido alcanzar a México. Tal conducta —que le ha inspirado al autor el título del libro *Las naves quemadas*— le otorga al capitán español categoría mítica. Se toma de ese modo unos riesgos que lo vuelven digno de nuestra admiración. Se quita la envoltura humana para acceder a una esfera como la de Prometeo. Armas Marcelo reconoce el brío de los conquistadores, la luminosidad de las imágenes de que se vale como el tono admirativo de su prosa significan el valor de una conducta heroica. Un mito vivo nace ante nuestros ojos:

Quemar las naves era, pues, un destino insólito, pensó Alvaro Rejón, era luz de héroes enceguedidos por la convicción de su indestructible mesianismo, una loca determinación que adquiriría carta de naturaleza en las manos de un verdadero caudillo. Quemar las naves era provocar el destierro definitivo, proclamarse Dios, llegar más allá de toda la profanación posible, romper los caminos de vuelta atrás, recalar obligatoriamente en la gloria, despertar en la más recóndita de las hieles el gusto agri dulce y tembloroso de la huida hacia adelante, procurar como única posibilidad de

supervivencia la imposible mutación de humanos en dioses, en *teules* indestructibles y temidos ya para siempre, ahondar en suma en el desbordamiento de toda la irreductible irracionalidad que el español loco que se identificaba como Hernando Cortés llevaba escondido en lo más profundo de sus inflamadas vísceras (p. 176).

Páginas de un lirismo tan acendrado y sincero respecto a los españoles son raras en *Las naves quemadas*. Al tiempo que mentaba el mérito de los conquistadores, Armas Marcelo sabía que no siempre se condujeron sus paisanos como héroes. No se equivoca el novelista sobre el carácter básico de la conquista:

... Porque la conquista era, al mismo tiempo, una liberación y una profanación necesaria (p. 175).

Tal idea es fácil de comprobar. No otra cosa dice Octavio Paz⁽⁶⁾:

Si la Chingada es una representación de la Madre violada, no me parece forzado asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias.

En la novela de Armas Marcelo, los españoles que llegan a Canarias no bregan contra las poblaciones aborígenes como pasó en la historia⁽⁷⁾. Como no encuentran a enemigo alguno, luchan contra unos animales y emponzoñan todos los perros que descubren en la isla:

—¿Y cómo vamos a acabar con los perros verdes, Simón? —pregunta ahora Sotomayor.

—Embromando con ponzoña todos los pozos y los riachuelos de la isla —concluye Simón Luz sin levantar los ojos del suelo, como si esa posición le procurara mayor autoridad a sus palabras (p. 50).

La consecuencia resulta trágica:

Era la inequívoca señal de una muerte lenta imaginada por Simón Luz, como premeditado testamento de una raza canina, salvaje y sagrada a la vez, que quedaría extinguida tras el exterminio tan cruelmente ideado por el hebreo (p. 58).

¿Cuál puede ser el significado profundo de tal conducta? Creemos que la matanza tiene una relación con la etimología de Canarias que saca su raíz de la palabra latina *canis* (perro en español). Al matar a los perros verdes de la isla de Salbago, los españoles matan lo que hace la especificidad de Canarias, en otros términos su esencia, su alma. ¿Qué profanación más grave?

En cuanto se establecieron en Canarias, los conquistadores se arrojaron “el

derecho de cabalgada” hacia lo que llamaban “Berbería” es decir la costa africana próxima. Hicieron cautivos de ese modo a varios moros. Entre éstos figura la hija de un sacerdote.

La sangre que corría por las venas del cuerpo de la niña era pues, sagrada (p. 114).

Los conquistadores no pararon tales consideraciones. Se cernieron sobre el pueblo saharauí. En la novela, la matanza está estetizada por medio de un baile erótico. La mora Zulima sublima su dolor y transforma la derrota de su pueblo en arte:

La visión es siempre la misma: el relato incurable de un exterminio y la desaparición de un pueblo (p. 92).

Los nuevos dueños han atacado las esencias, estragado las culturas y desoyuntado los cuerpos de los conquistados. No se cuenta en *Las naves quemadas* el número de violaciones cometidas en África y América por los españoles. Tanto Martín Martel, compañero de Juan Rejón como Diego Miranda, embajador de España de paso por Santo Domingo se complacen en abalanzarse sobre los súbditos de los reinos conquistados:

Martín Martel en su deletérea memoria alcohólica, entre grandes mareos y espasmos intestinos que le acidulean la tráquea llenándole el estómago de vapores venenosos que preludian su muerte... una muchacha saharauí que él mismo violó en las arenas de la playa africana... Era la bella Zulima (p. 113).

No le bastaban al embajador las mujeres, las muchachitas aún impúberes o los muchachitos mulatos y barbilampiños con los que pasaba encamado la mayor parte del día y de la noche (p. 243).

La muerte espera a varios conquistados, como consecuencia del trato que les impone el conquistador. Y Armas Marcelo se acuerda que todos los colonizadores se han valido de los mismos métodos a lo largo de la historia: Aquí las víctimas son saharauis y el autor denuncia:

Fue un asesinato en masa, sin duda variante mínima del deporte cristiano de la caza y muerte del pagano, que algunos siglos más tarde seguirían practicando llenos de placer los británicos en Tasmania. Un asesinato colectivo, una matanza impresionante que acabó de sumir a Martín en el alcohol de caña (p. 112).

¿Por qué la muerte para los conquistados? Armas Marcelo parece pensar que la víctima está considerada por su verdugo como un objeto, una entelequia

y no como un ser humano. Las imágenes que los verdugos tienen de sus víctimas transforman a éstas en meros instrumentos. Zulima, la mora a la cual habíamos aludido está vista por Martín como algo que le podría caer en suerte en caso de reparto:

Después, más reflexivo, se inclinó por la idea de pedírsela al propio Gobernador como botín de conquista (p. 115).

Por contraste, los vencidos, acogedores e inocentes no ven al español con desconfianza. Ni los saharauis esclavizados ni los indios martirizados se muestran hostiles frente a sus contrarios. Por ello, los indios despistados se enteran con pavor de que los hombres a quienes habían tomado por dioses no son dignos de respeto:

Jamás llegaría el indígena, por sí mismo, a comprender las razones verdaderas de por qué aquellos aparentes dioses, que tanto habían esperado los aborígenes a través de los incansables siglos, ahora se habían vuelto tan crueles como si de viracochas se tratara, como si de demonios malignos que habían traído la desgracia a sus pueblos (p. 182).

Los conquistados abiertos, confiados e ilusos fueron defraudados brutalmente por unos conquistadores sin escrúpulos. Armas Marcelo desarrolla con insistencia una idea que le es cara: los españoles en Canarias, en África, como en América ni respetaron los paisajes ni entendieron la naturaleza, ni a los hombres a quienes visitaron. Dicha idea vuelve como un leitmotiv. Las consecuencias de esa ceguera iban a ser múltiples tanto para los vencedores como para los vencidos. ¿Se interesó España por América desde un punto de vista intelectual? No lo piensa Armas Marcelo que fustiga la insensibilidad de sus conacionales.

INCOMPRENSIÓN

Los españoles descubrieron a pueblos culturalmente autónomos, de civilizaciones brillantes y de cosmogonías elaboradas, pero no acataron ni creencias, ni visiones del mundo, ni hábitos. Lo pisaron todo. Les faltó para con las demás una actitud de simpatía. Los conquistadores vieron tesoros humanos, paisajísticos, culturales, espirituales, pero como perseguían el oro y la gloria, ignoraron lo que daba valor y sentido a la vida de los conquistados.

El Pálido, compañero de Juan Rejón a quien éste ha encargado la misión de visitar la isla de Salbago encuentra signos que para él carecen de significado. Ni tiene idea de las creencias, prácticas y artes funerarias de los pueblos aborígenes de Gran Canaria.

... Con todo detenimiento peinan cada milímetro de aquella superficie llena de orificios en los que no se encuentra otra cosa que no sea el profundo silencio de la infinidad de momias y tumbas, pinturas y símbolos, petroglifos que advertían claramente de la presencia dormida de una tradición que se había quedado abandonada en los roquedales de la isla de Salbago (p. 57).

Los conquistadores no se tomaron el tiempo de estudiar debidamente el continente americano que acababan de descubrir y eso extraña a los indios:

... soportaban la locura de aquel ejército de desarrapados castellanos que, con estandartes y armaduras, con crucifijos y vírgenes, atravesaban diagonalmente y sin saberlo apenas un enorme Continente, del que, en ese mismo momento y durante mucho tiempo, lo ignoraban todo o casi todo (p. 181).

... es mar inmenso... rasgado por cientos y cientos de quillas que encontraban en la brújula nuevos caminos para lanzarse sobre las aguas en busca de la fama, la gloria, la riqueza y la tierra prometida a tantos necios que como siempre, confundían valor y precio.

El mismo Felipe II, tan ufano de sus dominios, ni viajó a América. Fue seducido no por el continente en sí, sino por las ventajas que podía sacar de él. Como estaba en lucha contra varios enemigos en Europa, América fue para él un plato en bandeja. Hasta Hernán Cortés, el célebre héroe de la conquista no entendió el continente que le dio fama y gloria. Las afirmaciones de Armas Marcelo son tajantes:

Felipe trata, maravillado, de imaginarse la dimensión de un mundo que jamás habrá de comprender, a pesar de que toda la magnitud de su Imperio dependerá del tamaño de esas tierras, porque ellas son y serán, su principal sostén y sin ellas el Imperio será un simple juguete para andar por los fríos países de Europa que, en su interior, ya andan jurando guerra a muerte a los invasores españoles (p. 259).

Comprendió que aquel tipo de capitán (Cortés) poderoso y ensoberbecido por sus victorias, había tenido la osadía de relatar por escrito a su Majestad Imperial, papeles en los cuales se postraba a sus plantas como un imbécil vasallo que no había alcanzado a entender la grandeza del mundo que sus pies estaban pisando (p. 271).

Porque no se interesaron por el continente, sus habitantes y las aspiraciones

de éstos, los conquistadores no tomaron en serio la aparición de ciertas ideas como la emancipación, la igualdad de derechos, entre peninsulares y americanos y antes que todo las razones por las cuales tales ideas pudieron nacer. Por haber desoído la voz de quienes los hicieron ricos, los descendientes de los conquistadores despertaron con sorpresas. A través del modo insistente como recalca la falta de conocimiento de América, por parte de los españoles, Armas Marcelo anuncia la futura pérdida de las colonias⁽⁸⁾.

“Ellos allá”, continuaba seguro siempre de sus palabras, “nosotros aquí. Ellos creen que han nacido en el centro del mundo civilizado porque habitan un territorio viejo que alimentamos nosotros, los esclavos que estamos aquí, en el Nuevo Continente, sin caer en la cuenta que precisamente por eso, por nosotros que mantenemos sus absurdas guerras religiosas y sostenemos, un modo de vida distinto, ellos siguen viviendo y mandando en el mundo. Es una paradoja que nunca entenderán, ni siquiera cuando la emancipación sea un hecho” (p. 206).

Los conquistadores no se fijaron en América ni en sus habitantes porque la riqueza enceguece y entre los españoles que fueron a buscarla y la encontraron se verificó una mutación tremenda. La ceguera se explica tal vez por el carácter repentino e inesperado de varios cambios sufridos por los conquistadores.

METAMORFOSIS

Armas Marcelo habla varias veces del trastorno profundo observado en el español pobre y modesto de la península cuando se vuelve rico en América:

De este modo, Mademoiselle Pernod sabía que ayudaba a la Conquista y a los conquistadores que habían adquirido gracias al Descubrimiento, una nueva condición de ser, olvidándose del pasado, de sus escondidos y pobretones pueblos familiares y de las mocosas familias que habían dejado atrás, al otro lado del Atlántico (p. 230).

Para varios conquistadores, dejar a España era salir de la prisión de la mediocridad y caminar hacia las calles de un destino mejor. Varios aventureros eran de condición más que modesta. El descubrimiento representó para ellos una suerte de supervivencia. El novelista emplea una retahíla de epítetos negativos para caracterizar la vida vivida en España por los candidatos a la aventura americana:

Zarpar definitivamente era también el sueño de Hernando Rubio. Dejar



atrás una tierra miserable y malagradecida, lateral, sombría, torva y cerrada, maniquea y cainita, para ir al encuentro de una dimensión distinta, a la búsqueda insaciable de otra vida en nuevas tierras aún por estrenar (p. 28).

Una vez enriquecidos aquellos próticos conquistadores adquieren virtudes de mago; cambian social y psicológicamente de piel. América le confiere al conquistador una plasticidad que su tierra nativa le negaba. La riqueza otorga la libertad y permite aflojar las señas de identidad no deseadas:

Podían ahora elegir libremente entre convertirse en filibusteros, aventurarse a la mar o quedarse en las tierras que rodeaban Puerto Vigía. Estaban quemando el pasado, como años antes un tal Hernando Cortés había prendido fuego a sus naves en las costas de la Vera Cruz (p. 222).

Un rebelde, que sabe que el rey es un señor de vidas y de haciendas les echa socarronamente a la cara de sus interlocutores la idea que su metamorfosis es evidente aunque ellos no la acepten:

—Señor, vd. sabe mejor que nadie que su merced es quién es hoy gracias a esta tierra y que al Emperador no le adeuda vd. un ápice (p. 266).

Paralelamente a ese cambio radical, visible, palpable, se verifica otro, más solapado, más sutil que invade a los personajes cual pernicioso enfermedad sin que éstos se enteren. Se trata de una mutación de tipo ontológico. Ese es otro leitmotiv del libro de Armas Marcelo. Los españoles han convertido a América gracias a su visión del mundo, su acción, etc... pero se han convertido a América mientras la estaban moldeando. En cualquier visitador español de América, Armas Marcelo ve una especie de Lawrence de Arabia. Por causa de su ignorancia, los españoles no han apreciado a su justa medida la capacidad de contaminación del continente latinoamericano. América ha seducido a sus conquistadores y éstos han caído en las redes que habían tendido. La fuerza de la influencia americana sobre el conquistador es un largo reguero que ha dejado varias huellas en *Las naves quemadas*:

... conforme el profanador entraba hasta el corazón del continente, sólo por instinto descubriendo un mundo primitivo que había de conquistarlos a ellos precisamente, a los profanadores que alzarían sus voces de falso triunfo sobre las ruinas de los dioses ya huidos de los lugares de poder (p. 177).

Vi a Cortés algunas veces en México. Y estuve también cerca de Piza-

rro, de los Pizarro. Allí, en Lima, estaba Gonzalo reinando sobre gentes de todas las estirpes, gobernando selvas y ciudades que fueron creciendo en mitad de los desiertos. Conocí de cerca a todos esos locos que siguen soñando con España, a pesar de haber dejado de ser españoles desde hace tanto tiempo y sin apenas saberlo, porque suponen que la sangre y un nostálgico y nebuloso recuerdo que guardan del pasado es la traducción del presente, el reconocimiento final que siempre han perseguido (p. 186).

Armas Marcelo expresa varias veces la idea que cuantos hollaron el suelo americano ya son dobles. Pertenecen a dos universos. Su drama es que no coinciden ni con uno ni con otro. De ahí la raíz sangrienta de una herida sin remedios. ¿Cómo seguir fiel a dos mundos de valores y horizontes distintos cuando no opuestos? ¿Cómo superar la contradicción? Asumiendo tal vez las dos partes de la herencia, es decir viviendo escindido, cual personaje de tragedia. La repetición del adjetivo “dos” refleja las desgarraduras interiores (psicológicas, sentimentales, morales) de los mestizos culturales. Para Armas Marcelo, los conquistadores se han americanizado, sin notarlo, a expensas suyas:

En efecto, existían en Alvaro Rejón dos memorias que entrecruzaban sus influencias y pasiones, dos formas de pensar, dos historias, dos cosmovisiones distintas, dos modos especulativos contradictorios a la hora de recibir las sensaciones externas (p. 169).

Están encerrados, esos locos en un inmerso error. Repartidos en dos mundos, jamás van a encontrar paz en sus almas tortuosas fuera de aquello que ellos creen haber conquistado, una tierra que tiene vida propia, que no necesita de ellos, una tierra que los ha conquistado, transformado y hechizado para siempre (p. 186).

Hernán Cortés, descubridor de tierras americanizado, contaminado por su descubrimiento ¡qué situación más divertida! Los españoles fueron a América por lana y volvieron trasquilados a la península parece sugerir Armas Marcelo que ríe a expensas de sus paisanos, los conquistadores. Frente a la historiografía oficial que suele presentar a los descubridores como héroes impolutos, y sin reproche, Armas Marcelo toma sus distancias. Sobre la conquista y los conquistadores, el autor emite juicios, sin apelación que presentan a los consabidos héroes bajo una luz sombría, burlesca. El novelista canario muestra la otra cara de la moneda que fue la con-

quista. Entre sus manos los héroes son títeres a menudo. Y lo más gracioso es que no los deja con cabeza.

IRRISIÓN

Un conquistador sin temple o que no consigue dominar éste, ¿quién se lo puede imaginar? Los que aparecen en *Las naves quemadas* carecen de esta virtud, emblema habitual de los autores de hazañas. Armas Marcelo nos ofrece varios retratos de anti-héroes cuando la conquista de Salbago y el desembarco en la isla en su novela:

Martín Martel es la primera víctima de ese pavor nervioso que va escurriéndose hasta penetrar como un acerado bisturí en la médula de los expedicionarios desembarcados (p. 47).

Es ridículo verlos temblar de miedo ante los ecos que llegan desde los aullidos del silencio, desde las concavidades más oscuras de la isla (p. 48).

¿Se reían los perros verdes de aquellos conquistadores frustrados? (p. 48).

Herminio Machado, por ejemplo, el maestro arquitecto que Simón Luz le había recomendado en Sagres al capitán leonés, resultó ser una verdadera perla dentro de aquel ejército de bisutería barata que se apelotonaba en el miedo (p. 54).

Para que el lector se percate hasta qué punto desmitifica el supuesto pasado épico prestado a los conquistadores, el autor aclara:

... Cada vez que Rejón relataba hazañas de los nuevos descubrimientos y las conquistas que se iniciaban tras ellos, el duque enarcaba característica y escépticamente sus pobladas cejas negras, carraspeaba un segundo y comentaba, alejado de las elementales ambiciones de la época. “Torres más altas han caído, Gobernador. Ya habéis visto el final infame del Almirante. Conformáos con vuestra suerte, que no es poca” (p. 77).

En muchos casos, la actuación de los soldados de Juan Rejón suena a farsa. Consiguen la victoria sobre un enemigo indefenso, lo cual quita mérito a su “hazaña”. Los conquistadores que desembarcan en las playas saharauis vencen sin dar batalla y la resistencia contraria es nula:

Eran los tiempos de la falsa gloria, cuando aún los cuadros del ejército de Rejón se sentían protagonistas de su propia historia. Las sobrecogedoras arenas ardientes de Sakriael Amra fueron una fiesta sangrienta para los castellanos sedientos de una victoria que, preci-

samente, se le negaba a aquella expedición desde que saliera de los puertos gaditanos (p. 107).

Armas Marcelo nos recuerda que no siempre se comportaron los conquistadores como caballeros valientes y cortes. La conquista fue un campo de batalla arduo en que abundaron artimañas, cálculos, zancadillas e intrigas. El novelista muestra el envés del tinglado, nos introduce por los pasillos de los bastidores, allí donde pasa el verdadero espectáculo escondido al público:

Recordó... los negocios frustrados, las traiciones, las compraventas de intereses, el tráfico de influencias, las trifulcas entre los propios conquistadores, las intrigas tejidas durante las noches y desbaratadas al alba por los mismos agentes que las habían provocado en la oscuridad, las reyertas y leyendas, las historias increíbles del rebelde Hernán Cor-



tés, la vida con Mademoiselle Pernod, la historia demoledora de Camilo Cienfuegos, etc... (p. 174-175).

Armas Marcelo descubre las debilidades, los puntos flacos de los que descubrieron a América. Empequeñece de ese modo a personajes oficialmente considerados como símbolos de perfección. El autor de *Las naves quemadas* se revela cáustico cuando toma a los héroes su vida y milagros como blanco de su ironía.

HUMOR

Pruebas del sentido exacerbado del humor de Armas Marcelo abundan en su novela. ¿Ha leído Armas Marcelo a Voltaire? Se puede opinar así cuando se observa que habla a menudo de manera jocosa de temas algo serios. En su

obra, los personajes ligados a la conquista coexisten con los que piensan de modo contrario. El Duque Negro por ejemplo, el contertulio de Juan Rejón ha sido desterrado a Salbago por Carlos V. Tiene ideas generosas sobre asuntos tan nobles como la liberación del Nuevo Mundo, la emancipación del pueblo americano, etc... Armas Marcelo presenta al personaje de ideas raras y profundas para su época como si no las tomara en serio:

... un excéntrico filósofo que recita incesante la necesidad de independencia de una tierra inmensa, el Nuevo Mundo que el Tratado de Tordesillas había concedido a España y a Portugal, trazando las fronteras del reparto con la bendita anuencia del Papa... (p. 137).

Las ideas de otro rebelde, Camilo Cienfuegos, parecen nuevas. Atraen, seducen; al mismo tiempo infunden un miedo no deseado. Aunque los oprimidos que las escuchan las encuentran desatinadas, las quieren oír.

... Hablaba sin parar tratando de convencer a todos, desde españoles a mestizos, negros e indios analfabetos una doctrina descabellada cuyos más desquiciados razonamientos terminaban siempre en insultos soeces a Su Majestad Imperial y pregonaban la secesión final del Nuevo Mundo de la metrópoli y la Corona de España. Era en efecto, una locura absurda que todos, empero, querían oír de boca de aquel apóstol (p. 234).

No podemos pasar por alto la manera como Armas Marcelo crea el mito de Eldorado gracias a la repetición machacona, alucinante de un vocablo cuyo eco suena profundamente en el pecho, la mente, el corazón y los sentidos de la mayoría de los personajes. La música conseguida merced al estribillo sugerido por el regreso periódico del complemento “oro” nos conmueve a la vez que nos divierte:

Por fin, Eldorado, con sus casas de oro, sus murallas de oro, sus calles empedradas de oro, sus templos y adoratorios de oro macizo, sus mercados de oro, hasta sus chozas de oro, toda la ciudad rodeada por una formidable muralla de oro (p. 290).

Sin embargo, aunque se burle de los personajes que creen en el mito de Eldorado, el novelista contribuye con su humorismo a fortalecer el mito que ha querido destruir. Tal actitud del autor es constante a través de toda su obra. Porque, confesemos, a Armas Marcelo le encanta el juego. Juega con las perspectivas temporales los personajes, la historia, los vocablos de dobles filos, etc...

Hemos notado que Armas Marcelo se sirve de personajes que existieron en la historia pero los hace vivir en tiempos arbitrarios o les presta actuaciones que no tuvieron. El autor emplea la historia a modo de trampolín que le permite lanzar al aire a personajes imaginarios como a personajes históricos.

Las naves quemadas, una lectura paródica de la historia

Entre las fuentes nutricias de *Las naves quemadas*, cabe destacar la historia. La pasada como la contemporánea. Si la historia tiene los hechos como base, la manera como se interpretan los mismos es subjetiva, individual, libre. Eso, el autor lo apostilla en varias páginas:

... Le regresaban a la memoria la futilidad absoluta de aquel gesto estúpido y agresivo que, más tarde y transformado en conquista plena, había de pasar a las cartas de relación histórica que el inquisidor y escribano Hernando Rubio tejía lentamente con su mano de murciélago, hechizado por su propia tarea de buscar como elemental sibila, en las vísceras de una historia que ellos mismos habían ido creando, hasta construir la exégesis que más conviniera a los descubridores de Salbago (p. 102).

Para dibujar la figura del rebelde capaz de retar por medio del arte al omnipotente gobernador de Salbago, Juan Rejón, Armas Marcelo escoge el nombre de Otelo Saraiva de Carvalho⁽⁹⁾ que se vuelve así el contemporáneo de un conquistador del siglo XV.

¿Y cómo te llamas tú? volvió a preguntar Rejón.

—“Otelo Carvalho, señor” contestó de nuevo el portugués sin cambiar apenas el tono de voz, mirando fijamente el mapa que se dibuja en la cara de Juan Rejón (p. 57).

¿Cómo es posible que Otelo de Carvalho coexista con Juan Rejón? Sin duda porque la idea de rebeldía es intemporal aunque la persona en quien encarne sea temporal.

No se contenta Armas Marcelo con desajustes cronológicos provocados. Se atreve a crear un personaje, cruce de varios otros personajes. Así, el mestizo Camilo Cienfuegos⁽¹⁰⁾ de su novela resulta ser una síntesis de Simón Bolívar, Antonio Maceo, Guillermo Sucre y de todos los personajes históricos rebeldes latinoamericanos matados a traición (Zapata, Sandino, etc.). Los rasgos que el autor le presta hacen pensar en Fidel Castro y Ernesto Che Guevara.

Le perdonaban la vida por considerarlo un loco vociferante que había

perdido la razón desde joven por morder de unas hierbas salvajes y malignas que siempre llevaba consigo para tragárselas crudas, a medio masticar, en manojos, como terapia segura contra los ataques asmáticos que mortificaban su ya dificultosa respiración exaltada, que se movía agónica y silbante al tiempo que provocaba la cesación de la brillantez de su elocuencia y volvía su mirada bovina y ciega (p. 269).

Tras estos guiños de ojo, el autor no va a pararse en camino. Multiplica las referencias, pero arreglándoselas para que el desfase entre el personaje y el elemento que le acompaña provoque en nosotros una reacción intelectual subjetiva. El autor va a parodiar expresiones, citas o frases conocidas pero desligándolas de su contexto originario.

En los momentos de dificultad, cuando en la noche de su angustia el rebelde Camilo Cienfuegos se encuentra en apuros, saca fuerzas de un eslogan familiar a cuantos conocen un poco la historia de la revolución cubana:

Respirando con dificultad, balbuceaba como un loro repetidor la consigna que en su profecía de libertad, flotaba siempre sobre su boca: “Hasta la victoria siempre. Patria o muerte. Venceremos” (p. 271).

Será vencido Camilo Cienfuegos en la novela porque se dejará convencer por Alvaro Rejón quien le propone que vaya con él a buscar a Eldorado. Cienfuegos abandona momentáneamente su labor de predicador cerca de los oprimidos. Cuenta con el oro anhelado para reclutar ejércitos, comprar caballos, ar-



PARODIA

Un personaje femenino de prosapia francesa, Mademoiselle Pernod, domina la segunda parte de la novela, *Los Reinos Prometidos*. Sus encantos sin par como su arte refinado traen subyugados a todos los hombres de Santo Domingo. Armas Marcelo maneja los significados, los conceptos y nos invita a completar la consonante que falta para tener una idea cabal de la extensión de los dotes de su heroína:

... un negrero en suma que se había apoderado del corazón de Mademoiselle Pernod, conocida por los hacendados y los galanes antillanos con el nombre de la Armada Invenible⁽¹¹⁾ la única mujer que valía la pena gozarse en todo el ámbito de las Antillas, en todo el Mar Caribe, desde el Golfo de México hasta las costas venezolanas (p. 241).

mas, etc... El haber renunciado temporalmente a las arengas no le satisface y se desahoga confiando en el futuro y apoyándose en el título del texto leído por Fidel Castro en 1953 después del fracaso del asalto al cuartel Moncada, ante sus jueces:

Pero en los ratos en los que su conciencia despierta le remordía el corazón y la duda larvada salía a flote a los ojos de Cienfuegos, como una depresión que se apoderaba de él y lo desasosegaba desclavándole las ideas y sacándole los huesos de su sitio, en esos ratos de temblor que el mestizo conocía, temía y odiaba, se repetía para convencerse una frase que siglos más tarde, pasaría de la leyenda a la verdad, como configuración de una nueva forma de vida. “La Historia me absolverá” se decía solemne sin permitir que nadie llegara nunca a escucharla (p. 303).

No encontrará oro ni irá a Eldorado Cienfuegos porque le emponzoña Alvaro Rejón, quien perderá en la espesura de la selva peruana sus últimas energías en busca del metal enloquecedor. Para el hijo de Juan Rejón despistado por la fiebre del oro, Roma no tiene el prestigio de Eldorado:

“Todos los caminos, se convencía a sí mismo absolutamente absorto en sus investigaciones, “llevan a Eldorado”. Vibraba de locura (p. 297).

Armas Marcelo renueva expresiones, trastrueca papeles históricos, desplaza episodios, inventa desajustes cronológicos por amor al juego y porque ejerce su derecho de artista a elaborar, clasificar y escoger los datos según su real gana. Tumultuosa fue la historia del descubrimiento y *Las naves quemadas* dejan la impresión de un caos ordenado según las leyes rigurosas del arte de un novelista burlón pero serio. Parodia, distancia irónica e irrisión le permiten idear un mundo fantástico, abigarrado en que chocan nociones e ideas aparentemente contradictorias. Lo más curioso es que el mismo autor declara su ficción, denuncia la estrategia que propone al lector:

Por eso se esforzaba Juan Rejón en seguir las enseñanzas gratuitas del Duque, como si detrás de ellas se escondiera un alfabeto secreto, un segundo sentido de las cosas, una dimensión distinta de los objetos, los conceptos y sus relaciones, sólo dado en su exégesis profunda a un pequeño clan de iniciados (p. 79).

Un parentesco histórico existe entre Cristóbal Colón y Fidel Castro del mismo modo que entre Otelo Saraiva de Carvalho y Camilo Cienfuegos hay un lazo: la rebeldía contra un estado político y social juzgado como inaceptable. El descubrimiento fue una hazaña que generó así propios héroes. La actuación de los conquistadores y la de sus descendientes han originado el brote de otros protagonistas empeñados en luchar contra las consecuencias sociales y políticas que sacan sus raíces del mismo descubrimiento.

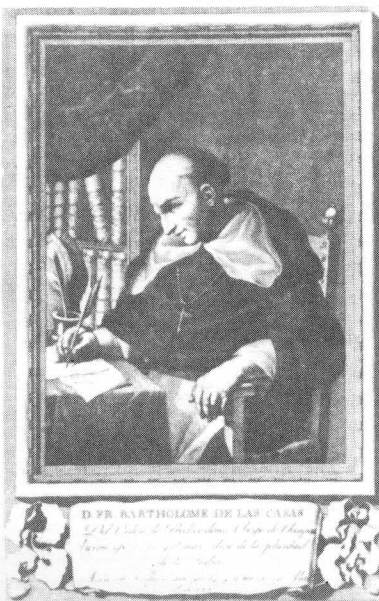
El espíritu irónico, caústico de Armas Marcelo que satiriza ideas, conductas y hechos no le impide hacernos ver las líneas de continuidad y de coherencia existentes entre las diferentes etapas de la historia latinoamericana.

CONCLUSIÓN

Merece especial lugar el tema del descubrimiento en *Las naves quemadas*.

Al enriquecer la dimensión histórica de su novela con otra, lírica e irónica, Armas Marcelo ofrece un testimonio sobre América y su propio país. Vellocinio de oro para argonautas de alcurnia ibérica, América fue una imagen de la mala conciencia española, semillero de metamorfosis para varios conquistadores y cuna de ideas que iban a acabar con la potencia peninsular. El autor apoyándose sobre las varias tesis sobre el descubrimiento juzga a sus compatriotas sin compasión.

En *Las naves quemadas*, Armas Marcelo exorcisa la angustia que le inspira el pasado de una América descubierta, colonizada y dejada por España. Vuelve a crear los estratos del pasado en que da vida a mitos que vuelve a destruir con regocijo.



Iconoclasta, el autor denuncia irónicamente a todos los necios, falsos héroes e hipócritas del descubrimiento. La ironía le permite al autor observar el presente que trata de entender a través de sus continuidades con un pasado subyacente.

Dos ideas merecen destacarse del examen de *Las naves quemadas*. Ha dejado el autor un lugar importante a Canarias, puente entre continentes. Pero sobre todo ha insistido en la capacidad de infección de América, trasunto de su cariño por los autores hispanoamericanos. Como escritor, Armas Marcelo, que se autoproclama “furibondo latinoamericano” se ha dejado infectar por los prosistas hispanoamericanos. Fuertes imágenes constelan la prosa de Armas Marcelo que rezuma poesía. Su arte en *Las naves quemadas* ha consistido en suministrar una literatura inspirada en las entretelas de una realidad histórica compuesta a su dimensión y antojo.

BIBLIOGRAFÍA

- Marianne Mahn-Lot: *La découverte de l'Amérique*. Question d'histoire/flammarion 1970.
- Juan Jesús Armas Marcelo: *Las naves quemadas*. Argos Vergara. Barcelona 1982.
- Octavio Paz: *El Laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica. México 1977.
- Ruggiero Romano: *Les mécanismes de la conquête coloniale: les conquistadores*. Question d'histoire/flammarion 1972.
- Periódicos
Diario de Las Palmas, miércoles 23 de junio de 1971. Suplemento.

NOTAS

- (1) Escritor canario nacido en Las Palmas de Gran Canaria (1946). Autor de varias obras: *Calima*, *El árbol del bien y del mal*, *El camaleón sobre la alfombra* etc... Reside actualmente en Madrid.
- (2) *Las naves quemadas*. Argos Vergara, S.A. Barcelona 1982.
- (3) *Las naves quemadas*, p. 309. Todas nuestras referencias vienen sacadas de esa edición. De ahí en adelante, nos contentaremos con apuntar la página, una vez terminada la cita.
- (4) Juan Rejón es un personaje histórico. Abreu Galindo escribe lo siguiente: “Los Reyes Católicos... nombrando de ella (la conquista a Juan Rejón, caballero natural del reino de Aragón, diestro y cursado en la guerra; diéronle por su acompañado a don Juan Bermúdez, Deán de Rubicón en Lanzarote por ser experto en estas islas; y vino por su Alférez Mayor nombrado Alonso Jaymes de Sotomayor, cuya hermana, que se decía doña Elvira de Sotomayor, era casada con el capitán Juan Rejón. ...Se embarcó el capitán Juan Rejón con toda su gente en el Puerto de Santa María a 23 de mayo de 1477, vinieron navegando la vuelta de esta isla con próspero tiempo y tomaron puerto en el de las Isletas... Iban por capitanes de la Infantería Alonso Fernández de Lugo y Rodrigo Colórzano. Abreu Galindo: *Desembarco en las Isletas, primeros encuentros en el Guiniguada y la fundación del Real de Las Palmas* Diario de Las Palmas, miércoles 23 de junio de 1971. Suplemento.
- (5) Dicho acontecimiento ocurrió en junio de 1478.
- (6) Octavio Paz: *El Laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica. México 1977, p. 77.
- (7) Los españoles tuvieron que luchar contra los isleños, de Gran Canaria entre 1478 y 1484 antes de someterlos.
- (8) En sus *Memorias*, don Benito Pérez Galdós ha apuntado lo que sigue: “Las elecciones en Cuba y Puerto Rico se hacían por telegrama que el gobierno enviaba a las autoridades de las dos islas. A mí me incluyeron en el telegrama de Puerto Rico y un día me encontré con la noticia de que era representante en Cortes, con un número enteramente fantástico de votos. Con estas y otras arbitrariedades, llegamos años después, a la pérdida de las colonias”.
- (9) Oficial portugués. Una de las figuras del Movimiento del 24 de abril de 1974 que derrocó al régimen de Caetano. Luchó en Angola con las tropas portuguesas contra el MPLA. Sigue viviendo.
- (10) Camilo Cienfuegos Gorriarán, héroe de la revolución cubana. Comandante de la Columna n° 2 Antonio Maceo. Se ilustró en la provincia de Santa Clara.
- (11) Se desbarboló la muy mal Armada Invencible en 1588 (1-8 de agosto).